

Carcharodon (poesía espontánea)

juan lafont

Image not found.

Capítulo 1

con los ojos cerrados.

no vamos más allá de palabras en desuso,
de términos arcaicos sin interés actual,
tapas de cuero negro sin pulgares por gastar.
pulidas las tablas de mesas madereras
con el acrílico común de los codos
de motas de polvo transparente,
capa de invisibilidad.

arredrados por el no saber
de vasos vacíos a la mitad,
actrices sin conocer su texto,
manías persecutorias de ciento un ojos
observadores desde las aceras.

un sinsentido en pulmones llenos
del humo canceroso de cigarrillos alquitranados,
voces en otros idiomas que callan
a los oídos del sordo monóglota.

un kraken que embriagado en las manos incorrectas

produce errores al malgastar lo incorruptible,
cristales llenos de mugre opaca,
carteles que anuncian en las carreteras
la última salida.

las mismas calles repetidas bajo las farolas,
la música que no calla,
dientes de carcharodon penden de las ventanas;
acabar marchito en un florero
repleto de girasoles, estrellas pierden el camino,
basílicas sin santos, santidad hereje
en todas las pagodas.

Capítulo 2

Niebla por humedad.

hay tantas cosas en la niebla,
hay tantas cosas que podrían ser.

volara lo real sobre el agua
sin importar cualquier
sinceridad de las almas
en su propia amargura,
para aspirar los aires de otros.

y aquí estoy yo,
humilde servidor
de cada desheredado
en tierra por descubrir
sin ser un colón
con ambición,

pero poco importa
en el inhalar del aire
pues la expulsión
no es más

que vaho.

amo perderme en la niebla,

ser uno de esos seres

por siempre extintos.

Capítulo 3

perdedor.

la panorámica del paisaje se retuerce,
de horizontal a vertical,
los tobillos pierden ese fuelle
capaz en su pasado de sostener toneladas y gravedad,
las rótulas son puzzles de ciento cincuenta piezas
desparramadas por el firme de las aceras,
cada huella dactilar de las manos
cambia la identidad por la gravilla
que viola la carne y drena la sangre.

el sudor se oculta en las cejas, se balancea
en las pestañas, se lanzan al vacío
desde la punta de la nariz,
también de la barbilla. esas gotas a cada golpe
sobre el pavimento el sonido rotundo
de los pasos de elefantes en ecos mezclados
con el pulso de la sangre en los oídos.

un río de sal corre sobre mi columna,
riega mis costados, subterráneo en mi pecho.

quiero gritar y no grito.

quiero llorar, pero

no lloro.

y si acabase con todo,

qué pasaría...

a la respuesta, desconocimiento.

soy el mártir con el don de disfrutar,

en este extraño masoquismo,

una derrota extraordinaria a una victoria

mediocre.

Capítulo 4

te necesito en el aquí y ahora.

te necesito en el aquí y ahora.

te necesito allí donde estás,
porque aunque me creé un personaje
acostumbrado a la soledad
a veces la farsa se agrieta
y se descolcha y se cae.
termina mi yo surrealista
apretando los dientes
y volver a lo que nunca llamé
hogar.

a la desesperada en mitad de los bosques,
en una tienda de campaña sin cremalleras,
acechado por el hambre de las bestias,
corrompida mi sangre
de correr espantada,
músculos de hierro
carentes del frío,
el sentir de la punta de los dedos

húmedos y en círculos cansados,
una piel de gallina
que te tiene
poco miedo,

es aquí, tú, mi carne,
donde necesitaría igual tu cuerpo,
esconderme entre tus piernas,
quedar mareado por tus pezones diamantinos,
mareado de observarlos
hasta quedar bizco,

y sentir fogatas
en nuestros cuerpos,
hechos chispas
los besos
alumbrados por petardos,
gemidos de fuegos artificiales.

Capítulo 5

Cartero.

el cartero cada día
sin cumplir su obligación,
la tarea para que fue esclavizado,
confunde los buzones,
mío, por el de
mi vecino.

cartas para mi vecino,
apellidado Salazar,
asoman como una lengua
blanca
por la raja del metal
y su cerradura ,
solitario ojo.

colores de panfletos,
el vómito de un guiso
incapaz de poderse digerir,
sus ingredientes las ofertas
de tiendas de electrodomésticos,

supermercados o coches
usados.

un vómito sin dueño.

cuando por faltar al detalle

abro

un sobre con carta

para otro destinatario

el miedo al ridículo

hago lo importante en sus reclamos

confeti de colores blancos.

nunca digo nada al cartero,

ese esclavo desprovisto de sentido

de un deber de verde obligado

sino que lanzo confeti

en un festejo

de otro día

montaña de soles secos.

Capítulo 6

feliz año.

uno de mis gatos
al que llamamos Rasputín
preguntó con sus grandes ojos:

Entonces mañana
será todo distinto
por marcar el calendario
un número diferente
en lo que respecta
al año...

y el otro,
aquel llamado Goonie,
respondió,
pues yo no encontraba respuesta:

Mañana tendrá en común
ser otro día de mierda.

De manera

el nuevo año no tiene
importancia palpable,
susurró
el viejo Rasputín.

ahí fui yo quién
hablé,
para decir:

Es sólo
una excusa más
para caer borracho.

a coro dijeron:

Brindaremos
a tu salud
por la excusa de hoy,
mientras esperamos
ansiosos
la de mañana.

Capítulo 7

que conste.

para dejar constancia del hecho

miro el reloj de mi muñeca,

leo en sus manecillas las 14:45 exactas.

el día, un 18,

sábado de abril,

de este año quince del dos mil.

había despertado hace poco,

las noches me siguen sirviendo de escondrijo

y palpar de artes, ensayos teatrales, memorizar

y escribir letras.

moviendo las tripas en el baño

con el afán de no malgastar esos menospreciados segundos

leo un libro de uno de esos dioses creados

en mi particular olimpo.

descubro con sorpresa, la sorpresa

me lleva estupefacto al entusiasmo,

que me encuentro en una transmigración
del genio al dios,
el mío propio.

esa primera divinidad escribió tiempo ha
unas palabras que jamás leí hasta ahora,
y que sin leerlas, días antes, en uno de esos
asilos representados por la noche
rematé en la pantalla del ordenador
casi calcadas las palabras, con excepción de algún artículo
determinado por el indeterminado.

él las dijo antes que yo,
otro las diría antes que él,
y así hasta el comienzo de las letras,
no teniendo origen sino copia,
pero copia de hombres grandes,
sumándome yo ahora a esa cola.

Capítulo 8

relativo.

el calendario, la fecha del hoy,
indicaba una semana transcurrida
desde mi comienzo.

Una semana... le pregunté asombrado
y exclamé, Pero si siento
haber estado sufriendo este castigo
mil años.

Capítulo 9

sonrisa.

tanto ha que no sonrío
de esa forma tan sincera
convertida en etapas en sello,
mueca, firma,
identidad.

ya no sonrío como solía sonreír.

me pregunto si quizás mi cara
está hinchada por los golpes
enguantados de un púgil mejicano,
de esos pesos medios capaces de dejar
entre las cuerdas la sangre, la piel, el orgullo,
la vida.

el gesto es a cada momento, por pequeño
que parezca, más nimio, insignificante, todos
y cada uno de esos sinónimos
para la inexistencia y brevedad.

ya no sonrío como solía.

me pregunto si no sonreiré nunca más.

Capítulo 10

este romance sin don juan.

imagino a la muerte siendo mujer,
toda ella poderosa en su inmortalidad
presumida a pesar de recordarnos
la nuestra en particular.

sin alcanzar a vislumbrarla
la veo, detrás de mí, tras de mí.

sonriente con dientes de perlas esmaltadas,
tacón alto negro, medias negras con liguero,
un vestido, negro, por supuesto,
de falda corta y escote profundo,
las caderas sinuosas en el vértigo
de las curvas,
pechos que apenas pueden resultar prisioneros
de telas de agujas diestras.

la piel blanca, al estilo de los años treinta
del siglo pasado, el llamado sXX. sobre los hombros
el caer de una cabellera pelirroja

perfecto por ondulado.

sombra de ojos oscura,
labios de carmín carmesí
casi sangrantes.

y se mueve a casa paso bamboleándose sin perdonos,
seduciendo a los que como yo
nada de alivio encontramos en esta vida
representada por una yonqui
enferma de cáncer en su fase terminal.

susurra la pelirroja que me imagino
algo inaudible cada noche
a mis oídos, me mata cada día,
su matón, ese tiempo.

imagino así a La Muerte,
como la femme fatale de un film noir.

imagínola así
para cuando se me ponga
al final de frente

me joda bien

jodido.

Capítulo 11

televisiones a oscuras.

sentía un placer extraño
traído por la curiosidad
cuando al mirar por la noche
en mis andares de aceras
vislumbraba ventanas desde las que
se
adivinaban
bombillas apagadas y televisores encendidos.

esa luz en su mayoría azul,
titilaba sin parar
al cambio de cada escena
en la pantalla.

alguien frente a ella,
singular o plural, consumía los tiempos previos
a las horas de cama y sueño.

que pasara esto en mi casa,
viera en ventanas de persianas sin chapar

los destellos del televisor en un cuarto oscuro
predecía sin error
la ausencia de mi padre.

nunca supe la razón
de que nos prohibiera
ver la televisión
a oscuras.

creo recordar sobre su excusa
el que dañaba la vista.

Capítulo 12

la vuelta al mundo.

hay que ver mundo,
señoras y señores.

hay que ver mundo
para abandonar las creencias
de ser el centro de los mundos.

vivir en el cuero
esa verdad,
entrada por los ojos
de una mente
sin juicios.

verlo todo,
alcanzar a comprender
los lugares donde pisamos.

hay que ver mundo
pues viendo mundo
seremos conscientes

de la existencia
como motas de polvo.

así podremos escapar
de la ignorancia,
de sus tentáculos cubiertos de ventosas,
en un giro de las tornas
agarrarlos en nuestras manos,
y como el pulpero de mi pueblo,
estrellarla,
restallar el silencio
con el sonido del golpe seco
contra las rocas de la costa,
hasta quedar blanda.

hay que ver mundo,
no queda otra,
hay que verlo,
y cuando creamos
haber visto suficiente,
entonces ver más.

Capítulo 13

se busca.

se busca hacha capaz
de cercenar esta cabeza
y con ella sus ideas.

cortar toda comunicación entre
los deseos del egoísmo y lo práctico
de la razón.

de filo agudo, para un tajo certero,
y así desprender la cabeza
con un único y sano movimiento.

a ser posible que la hoja esté limpia,
que, aunque vaya a terminar
maculada de gotas carmesí,
pueda verme en reflejos de metal pulido,
sin desvelar la mirada asombro,
sino paz de acabar si no lo estoy ya.

se busca sacacorchos y somelier

con maestría en eso de abrir botellas,
que no tendrá que destapar el corcho
de ninguna botella de vino
sino el de mi propio pecho.

será requerida experiencia, y añadir
al curriculum vitae presentado
algunas referencias; digamos,
de los tres últimos lugares de donde
se ha trabajado.

de serle más cómodo
traer sacacorchos propio.
a tener en cuenta:
se deberá sacar el corazón
en una sola pieza.

se busca punto y final.
para dar a buen término esta historia.

Capítulo 14

horas sin cambio.

le faltan horas a los días,
me falta la vida malgastada entre
la punta de los dedos,
bajo las uñas el olor al fósforo
que prende cada cigarrillo,
llenos los pulmones del humo
del tabaco deshilachado
en cuya cajetilla de color amarillo
un indio con tocado
fuma una pipa tan larga
como un brazo, no de un chiquillo,
sino el de un adulto
perdido en la escasez
aclamada, en este divagar.

sin ganar mi mano
cargada de buenos naipes
quito horas al sueño
de un cerebro en espiral,
pero sigo víctima de un axioma

de veinticuatro horas

que no cambia.

Capítulo 15

almohadas.

cómo dormir

si al día

le faltan horas.

cómo esconderme

tras la inconsciente

pagoda de lo irracional.

no hay axioma que

brinde esta falta

de tiempo finito.

faltan siempre

la verbigracia

de ese hierático retiro.

tantos pulmones

sobre la cama

que se desinflan;

tanto por decirnos,
más por olvidar.

estaría frente a la pantalla
en una somnolencia
pretendida de no
faltarme clarividencia.

ese pleonásmico defecto
de apagar obligado
es el camino
de la impaciencia
por abrir los ojos,
levantar las espaldas
rotas en tres pedazos
y volver
a sumar
dioptrías a estas gafas
de cristales arañados,
descolchada
la montura que
los sujetan,
caídas las orejas

aplastadas

por las almohadas

ensordecedoras

en el velar

de mí.

Capítulo 16

tiempo para algunos.

algunos

tienen

tiempo

para

perder;

yo,

ya

perdí

todo

él,

mi

tiempo.

Capítulo 17

4:25 a.m.

el dormitorio es la visión de los ciegos,
toda la casa está a oscuras.

se rompe la noche,
se calla
el silencio.

aún llueve al otro lado del cristal.

el cometido del despertador
sobre una mesilla
formada por libros.

saco mi brazo
muerto de frío.
no pude comprar nada mejor
y ahora uso
un viejo saco de dormir
para evitar
tiritar,

sin hallar

la placidez de los sueños.

ella sigue durmiendo,
encogida sobre sí misma,
desearía estar en situación
de imitarla.

en el baño sin luz
cierro la puerta,
echo el pestillo,
muevo el interruptor de on
a off
y como tengo cinco minutos por adelante
me masturbo.

eyaculo y eso me despierta,
es más placentero y sano
que cualquier taza de café,
colombiano, turco o yemení;
por encima de toda polémica
de gentes esclavizadas
en campos verdes con granos.

me lavo los dientes,
la luz de la batería
de mi cepillo eléctrico
a compartir titila,
es un rojo que hiere,
un rojo intermitente, señal
de un apagar próximo;
también se cansan
las máquinas al
mío contacto.

me enjuago la cara,
me peino.

haré de vientre
en los baños del trabajo.

la ropa me espera
en el salón,
allí entro y me desnudo,
es la parte más alejada de la casa,
ahí, relegado a un segundo plano
de la existencia de todos
me cambio, tirito hasta
dejar de sentir la piel

y el vello aguzado.
hasta que la ropa
secuestra mi calor propio,
lo hace suyo,
es el mimetismo de lo animado
con lo inanimado.

me armo con cartera
de recámara vacía,
unos auriculares
del que únicamente
funciona el derecho,
un gorro que tapa
aquello que importa,
y el teléfono móvil
con la batería al cien por
cien.

aún es de noche,
y de noche será
al timbrar su despertador.

rumbo al trabajo

sobre la bicicleta
de ruedas gastadas,
aire evadido,
cruzo calles sin poner
para ser un día más
el esclavo
de cualquier cabrón sádico.

Capítulo 18

nimiedades.

nunca fueron nimias

todas las gotas

de tu ansiada morfina

que caían

a través del pasillo

en tus venas

invadidas sin cuartel

por el cascarón de proa,

aguja de la jeringuilla.

mitigante del dolor

la consciencia moriría,

resistiría la conversación junto a las palabras,

aprisionadas de manos y pies

entre las cuerdas de tus gargantas,

en la habitación flotaba

el incómodo sonido

de programas de cocina,

catalizador de esos retazos

de humanidad reminiscente.

Capítulo 19

pescadero.

aprendiendo en ese
sin saber cómo
a pensar en la coronilla
de cada instante
de letargo
hallé rutas de piedras
gastadas por los pasos
en sandalias con suela
de piel y goma.

en el presente los músculos
sin una clarividencia de futuro
hacían lo que debían
en una distracción sin
percances de agonías.

un diletante lleno de
cardenales de colores oscuros
por las sangres agolpadas
bajo las pieles de esta bestia

de pelaje calvo y zarpa
mansa sin mostrar
defensa ante lo amenazante
de las cicatrices
cosidas con hilo de pescar
y anzuelos de pesca
con mosca.

dejaría en el aprendizaje
la racionalidad para los inquilinos
de un edificio de ladrillos
rojo, industrial de los años veinte,
de grandes puertas de metal
coronadas por un letrero
de madera corrompida por
la humedad de los puertos,
de la mar,
de la salitre de ese agua
demasiado bebida en
los naufragios de olas
sin espuma ni ballenas,
donde puede leerse

pescadero, institución

psiquiátrica desde

mil novecientos treinta.

Capítulo 20

tablas.

cuelgo la tela vulgar en las perchas
del armario empotrado
tras la puerta del dormitorio,
o la desparramo por el suelo,
o la dejo yacente sobre la cama,
o la pendo de un clavo en una pared;

cuelgo la tela, falseo la identidad,
llega la hora del show, súbome
al escenario donde aguarda
la farsa de una realidad sin menosprecio,
hago más palabras pusieron en estos labios,
a propósito, sin malicia, con intención.

adapto mi mente a la de otros personajes, vidas e ideales,
no hay prejuicios hacia el otro,
en un camerino desprovisto de humildad
descuelgo otra piel y otra me visto.

la punta de los pies los dedos,

abotonada hasta la coronilla.

y no soy yo, soy otro,
ese otro soy yo ahora,
el que fui se ha convertido
en quien no soy,
quién soy, queda claro,
quizás no, yo no soy.

no existo en mí,
desaparezco de cualquier escena.

pero

todos son yo,
soy un ego lleno de todos ellos.

Capítulo 21

medicación.

perder cada momento,
bolsas de plástico hechas
girones sin ser capaces
de soportar el peso
siquiera del aire,
mucho menos tuétanos
a los que sacar la succulencia
de esencia vital.

escalar las alturas de mi cama
entre las mantas marrones,
remedio infalible para los males
tras veinticuatro horas
de alivio
automedicado.

los oídos cerrados confunden
lamentos de animalario,
mientras entre sus vicisitudes permanecen
cuencos de pienso y agua

vacíos.

enroscados en tres ceros,

dos gatos lastimeros,

yo mismo,

el rey, ese rey,

un monarca

pésimo

en la insignificancia

de un reino perdido

sin trono alguno.

Capítulo 22

fácil acceso.

con frecuencia me invade el presentimiento
de que quizás, debido a la locura me mantiene,
pongo las cosas en una fácil disposición
de ser tomadas por la escritora del puntal final.

qué importa cuándo llegue.

y no importa, sea esa la realidad.

si quiere llegar cuando las cosas marchan rotas,
aquí me tiene, aquí mi hoja de vida,
déjame firmarla para así sea oficial.
Dónde firmo, sobre la línea de puntos...
aquí tienes, mis nombre y apellidos.

finaliza el importe.

ahora estampado tu sello,
puesto la última puntuación con destreza,
probablemente vengas de noche,
quizás en el amanecer,

cuando hace más frío y comienza a clarear,

hemos, perdón, quise decir, he,

llegado al final.

pero confiésame, presumís las mujeres

de ser más sinceras en el género,

la verdad,

y esa es,

te lo puse bastante fácil.

Capítulo 23

sándwiches.

Algún iluso

Tuvo la osadía

De ponerme de encargado

De un pequeño bar

De sándwiches.

Todo el día solo

Tras un mostrador

Al que nadie acude.

Viendo pasar las horas

Con sus minutos

Sin ganar un centavo.

Parece ser uno de esos lugares

Donde podré

Escribir en una paz total,

Mientras

En cierto modo

Me pagarán por ello.

Por qué no voy a

Crear

Tal ilusión,

Si de eso

Vive el hombre.

Capítulo 24

plif plaf.

plif plaf, suenan los calcetines
dentro de los tenis empapados,

plif, plaf, como si andara
descalzo sobre mis pies
en cada uno de los charcos.

la ciudad cuasi eterna soleada
se cubre incluso en ocasiones
con nubes viola-soles.

plif, suena un paso, luego otro,
y los hombros encogidos, el vello
de punta bajo la cazadora de cuero,
el pelo cortado a lo mohicano desparrámase como un grifo abierto
entre las arrugas de expresión de la frente.

el arco de mis labios, melancolía en la sonrisa de dientes marrones
de café y cigarrillos, la barba crujiente, el bajo de los pantalones
un cepo sin anclar que a dentelladas

mastica un plaf.

soy el único bicho capaz de resistir

la constancia de esta lluvia,

loco sin locura en un manicomio sin puertas,

chapoteando a los treinta con la alegría de un niño,

todos se han ido,

la calle,

solitaria,

es mía.

Capítulo 25

arte.

el arte,
si alguna vez
conocí arte,
ha muerto.

y los que nos dedicamos a ello
no sólo nos encontramos
más
allá
de ser
pequeños necrófagos,
en un hincar de dientes
sobre su cadáver
verde
e hinchado,

para, al final,
enmarcar
sombras sin proyecciones
donde el marco será

lo más valioso de todo

lo expuesto.

Capítulo 26

ciática.

no era la conciencia
la que me clavara el puñal en los riñones
sino algo más peligroso por su sinceridad.

y lo retorció, destrozaba
poco piadoso en su acto
el nervio ciático maltrecho
desde que esta mente, si mente había,
tuviera del mundo y sus vidas
el primer recuerdo.

yo, su víctima, que sin quejarse
no moría, iría de allí al
más acá,
cojeando de la pierna derecha
insensibilizada por la hoja de metal,

dormida, sin percatarse de nada.

Capítulo 27

llegará la primavera.

allá fue la primavera de una juventud
tan efímera que no pasó de ser
un soplo de aire rancio
y sin nada por olvidar
al no dejar ni por pulga
un recuerdo.

la siguiente estación ya
lo ha secado todo, cayeron
los pétalos deshidratados por
clavar sus raíces en una tierra
mísera y erosionada.
grietas que recorren las superficies
como si fueran las venas
de una decrepita ancianidad.

Capítulo 28

6:57 a.m. lunes 23 de marzo de 2015

ante la perspectiva de una vida
llena de continuos flashbacks
pierdo de vista el presente
y la gran confusión de su contenido.

un sueño difícil de comprender,
el arredrar de todo encontrarme
a mí mismo despierto.

un charco de baba sobre la almohada
con quinientas formas o ninguna.

un gato a cada esquina
son los ángeles de la guarda
reales que por herencia parécenme
corresponder.

ella a mi lado ronca por el vino
de las botellas desperdigadas y vacías, mientras que mis ojos
inmaculados de las motas del sueño
se ha desvelado sin aviso previo.

así comienza este día,
sin nombre, sin fecha, sin deseos de futuro sino el de llegar a la noche
para acabar cadavérico sobre los tejados
donde no maúllan los gatos, no bailan las hojas, ni llueve, ni protege
de estos delirios del somnoliento.

Capítulo 29

obseso.

me dijo, me miró a los ojos
y me dijo,

eres un obseso.

no supe sacar una digna interpretación
al sentido de sus palabras.

sí recuerdo su mirada fija,
eran los iris negros el más
implacable y sádico miembro
de toda inquisición.

las aletillas de mis narices no hacían caso
sino al aire que se debía respirar
en este finito ir y venir de
pulmones alquitranados.
marmolejo, blanco por el alcohol,
pasado por las drogas, obnubilado
por todas las magníficas ideas
que no eran más que futuros cadáveres
de ese mañana quizás jamás
vistos; toda mi piel se endurecía.
toda.

y digo toda.

eres un obseso.

esas habían sido sus palabras grabadas en la retina
de todos mis hemisferios.
las palabras se repetían, no sólo esas,
todas y cada una de ellas,
soltadas en mi vida por la boca personal, por la ajena.

eres
un
obseso.

ese quizás insulto, quizás cumplido, incluso crítica,

lo tomé como un niño abandonado

a cualquier perrillo callejero.

sí, repliqué en mi respuesta,
pensando en las posibilidades y
en honor a la verdad,
soy un obseso.

Capítulo 30

el nido.

buscando un gato extraviado
desatornillé bajo mi casa
una esterilla de metal.

metí la cabeza
tras lanzar un grito
a la negrura diurna
sin hallar maullido
en su respuesta.

saqué de un cajón cualquiera
una pequeña linterna
con publicidad en torno
donde se veía el logotipo
de una empresa de aspiradoras.

volví a la oscuridad
en la base de la casa,
alumbré con la linterna,
me sentí seguro en su haz de luz

y para volver a gritar
metí la cabeza.

segundos más tarde
docenas de viudas negras
brotaron como un enjambre,
algunas recorrían mi cabeza,
yo saltaba por todo el callejón,
las palmas de las manos
revoloteaban por todo mi pelo tan rápido como podían para
deshacerme de la amenaza
de cuerpo negro y estrías rojas.

al mismo tiempo
pisoteaba tantas como me era posible,
el corazón latía a mil,
me temblaba el cuerpo,
el terror de que el gato
estuviera devorado
bajo la casa por las viudas come machos
hizo que se hincharan mis pupilas.

algunas de mis víctimas se retorcían

en derredor de mis pies,
las remataría con rapidez,
quería llorar la muerte mi bestia
hasta que al volver a la puerta de casa
vi como el gato
desde la esquina
miraba mi matanza.

Hijo de puta, cuchicheé,
mientras le sonreía sin echar
la barba sobre mis hombros.

entramos en casa,
me tragué una cerveza sin pestañear,
me quité la ropa,
la tiré en la lavadora
sin percatarme que quedara
ninguna de las arañas,
su condenación a la supervivencia
de mi búsqueda
sería una muerte por ahogamiento
entre jabón y suavizante.

desnudo frente al espejo
me tanteé la piel
para seguridad de la integridad de mi salud.

limpio.

en la ducha me atacó
el recuerdo de
estando en andalucía
ver esos documentales
donde contaban todo sobre
la viuda,

la fascinación y el terror
agarrados de la mano,

la calma se traducía en la distancia,
entre ambas especies un océano.

las circunstancias de la vida
a todos afecta y trae a rincones del mundo,
ahora vivía sobre un nido
de un terror de infancia.

Capítulo 31

el listón.

el listón
que siempre debió
mantenerse a cierta altura
cayó en picado
por un mástil
deslizante
untado de vaselina
por la mano
de pseudoartistas
de la incultura pop.

nunca ha existido
genialidad ni genio.

se han proclamado
algunos individuos
dioses de una sociedad decadente.

todos con ojos cerrados
alaban sin mirar la obra,

siguen las órdenes
de la popularidad
perseguida por la mayoría
donde dejaron la piel abandonada
para convertirse
en orgullosos productos sin tacha
con fechas de caducidad.

al prójimo
de ojos abiertos
el único propósito
posible
es aguantar
la respiración
hasta tornarse verde, morado,
azul.
los dedos taponando los oídos,
gritar pensamientos ciertos
en voces altas
y tal vez
evitar
ser un cadáver en el suelo
bordeado con tiza blanca

por la mano
de un funcionario
y una etiqueta colgando
del pie y su dedo gordo
con las letras frescas
formando la palabra
MÁRTIL
en mitad de hollywood
boulevard.

Capítulo 32

extravagante.

la extravagancia de unos planetas
formando una línea recta,
ese universo capaz de quitarnos el aliento,
una pócima desconocida para este veneno,
unas venas sin arterias llenas de ausencia,
el goteo del agua de la ducha,
desde la punta del pene el agua
se suicida en el salto desde mi precipicio,
una serie de palabras sin importancia,
vello en la espalda del animal que soy
que se acorrala a sí mismo frente a los reflejos.

la canasta de la ropa sucia a rebosar,
un olor a cañería impregna las narices,
una toalla húmeda por la última ducha,
un teclear frenético sin nada
que merezca la pena beber.

los dedos, las huellas dactilares,
hechas pasas en peletería de arrugas,
el remordimiento de un trabajo sin futuro,
las facturas sobre la mesa carcomida del salón,
los destellos de una pantalla
sin nada escrito.

charlar con las grandes ideas,
pararlas a gritos en los escalones
del olvido, meter tripa frente a las mujeres, sentir el escozor bajo el
vaquero,
de cintura, prieto, viejo, comprado en la universidad.

vientos secan el pelo, aunque estén estancados,
noches de sofá y gritos,
ver grietas donde nada hubo,
no rebuscar en los cajones
bajo la falsa esperanza de llegar
a encontrar
un bote de mal pegamento.

nunca fui capaz de parar lo inevitable,
jamás pude cambiarle su nombre.

Capítulo 33

atrapado en cualquier lugar.

se volvió la vida tan difícil

al perder el sentido de orientación

en un retrete de tan sólo □un metro cuadrado.

pero tengo la suerte,

ésta de forma tremenda,

de encontrar la diversión

en las esquinas más inmundas.

así me quedo aquí,

sin saber qué hacer,

pudiendo hacerlo todo.

Capítulo 34

www.bienvenidosalexilio.com